19.

DISCURSO

QUE EN LA

SOLEMNE INAUGURACION

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1861 A 1862

LEYÓ

EN LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

EL

Dr. D. Santiago Diego Madrazo,

Catedrático de Economía Política y Estadística en la misma.

SALAMANCA:

IMPRENTA DE DIEGO VAZQUEZ.

Setiembre.—1861.

Ilmo. Señor:

La ciencia á cuyo santuario conduce el Magisterio á la juventud ensanchando la esfera de su actividad intelectual, no necesita presentar los títulos de su legítimo influjo en la vida de los individuos y de las sociedades; sin embargo como la Historia consigna en el registro de los extravios de la inteligencia la absurda opinion de los que afirman que si nuestro espíritu se levanta hasta el Sol de la Sabiduría, es solo para quemar sus alas y precipitarse, como Icaro, desde las alturas; nosotros órganos y propagadores de las verdades científicas, tenemos el deber de protestar contra una aberracion que ofendiendo al hombre en su parte mas noble, le arrastra por la fuerza irresistible de la Lógica á la desesperacion y al ateismo.

Quizá no debiera echar sobre mis hombros la grave responsabilidad de salir á la defensa de la ciencia humana empobreciendo con la escasez de mis recursos materia tan rica; pero me alienta la esperanza de que tanta como sea mi pequeñez, será vuestra indul-

gencia, y de que una prevencion favorable al asunto os inducirá á escuchar sin disgusto la expresion descolorida de vuestro propio pensamiento. La doctrina que espondré á vuestra consideracion, y que para vosotros no será mas que un ligero é imperfecto recuerdo de lo que tantas veces habeis escuchado como discípulos y explicado como maestros, es una doctrina del sentido comun: por eso lo ha sido de todos los tiempos y de todos los pueblos, de los grandes y de los humildes, de los gobiernos y de los gobernados. Solo algunos hombres escepcionales, ambicionando el renombre de sabios, declaman contra la sabiduría; haciendo uso de armas científicas, declaran la guerra á la ciencia, y lanzando brillantes rayos de su entendimiento, quieren apagar la luz de la razon que Dios ha dado al género humano, para que pueda cumplir las leyes de su naturaleza moral y social.

No es mi ánimo, Ilmo. Señor, recorrer la serie entera de los beneficios que el Criador ha dispensado á los hombres por medio de la ciencia: esta tarea seria superior á mis fuerzas, y en vano pretenderia encerrar tantos hechos en el pequeño cuadro que debo bosquejar en este momento. Me limitaré á hacer una breve esposicion de los principales servicios que la ciencia ha prestado á la Humanidad, mejorando las condiciones del globo que habitamos, desenvolviendo las fuerzas de nuestro espíritu y defendiendo y propagando las verdades religiosas.

Dios, el hombre y la naturaleza son los tres grandes objetos de la ciencia. Dios es perfecto: el hombre y la naturaleza perfectibles, el hombre por el influjo de su propia accion y la naturaleza por el influjo de la accion humana.

La tierra lejos de esterilizarse por las pérdidas que la hacemos sufrir, se muestra cada vez mas generosa con nosotros, cuando nuestra accion sobre ella es cada vez mas estensa, mas continua y mas inteligente. ¿Pensais que esos vastos campos que recorre nuestra vista, han estado siempre cubiertos de abundantes mieses, de frutos delicados y de esa riqueza vegetal tan variada, tan análoga á nuestras necesidades y con la que viven y se engrandecen las populosas naciones de los tiempos modernos? ¿Pensais que los ganados con que sosteneis y fortaleceis vuestro organismo, con cuyo natural y hermoso vestido cubris la desnudez de vuestros cuerpos, y con cuyos desechos nutrís y dais vigor á la tierra que os alimenta, han existido siempre en tan prodigioso número, con tan excelentes condiciones, bajo la influencia de todos los climas y con ese carácter cosmopolita que distingue las obras humanas? ¿Pensais que á pesar de la abundancia de minerales de que nos habla la Historia de la antigüedad, la tierra descubria entonces su profundo seno á los ojos de los investigadores con la misma facilidad que ahora, y dejaba correr sin tasa el inmenso raudal de sus recónditos tesoros? Ese admirable panorama que la naturaleza ostenta en las naciones europeas, esos bellísimos cuadros llenos de verdura y lozanía, ese

manto de riquisimos frutos con que el hombre cubre la tierra para desnudarla periódicamente convirtiéndolos en su propia sustancia, esos magníficos verjeles en que el arte armoniza los colores de las plantas de todos los climas; no eran en otro tiempo mas que un silencioso y terrorífico desierto en que las exhalaciones insalubres de extensos pantanos y de impenetrables bosques producian una atmósfera mortífera; en que yerbas ponzoñosas y de siniestro aspecto cerraban el paso al cazador amedrentado; y en que animales feroces devoraban impunemente á los indefensos compañeros del hombre, nubes de insectos oscurecian la bóveda celeste é inmundos reptiles se enseñoreaban de los prados y las selvas.

¿Quién ha desecado los pantanos, arrancado las plantas venenosas, destruido las fieras y vestido de flores y frutos el teatro de nuestra actividad y predominio? El hombre: el hombre si, pero no solo armado con instrumentos de madera ó de hierro, sino principalmente conducido por la antorcha de la razon, ese destello purisimo, aunque finito, de la inteligencia infinita, esa brillante luz que si algunas veces se oscurece, no se apaga nunca, y con la que separando las imperceptibles moléculas de la materia penetramos en su naturaleza íntima, ó elevándonos hasta los astros descubrimos las leyes de su movimiento y de sus relaciones.

Mas la razon individual, por grande y potente que sea, solo puede tomar una pequeñísima parte en la gigantesca y porfiada lucha que la Humanidad está sosteniendo con la naturaleza desde su aparicion en la escena del mundo, Ha sido necesario para ensanchar el círculo de hierro de nuestra limitacion y para ir convirtiendo la materia de señora en esclava, seguir con tenaz empeño entre victoria y derrotas una guerra sin tregua con los agentes que Dios ha puesto á las órdenes del hombre bajo la condicion indeclinable de arrancarles sus servicios á fuerza de vigilias, de trabajo y de perseverancia. Ha sido necesario, no contentarse con el descubrimiento de verdades parciales é inconexas, sino elevarse al conocimiento de las leyes generales de la materia, descubrir, en cuanto es dado á la pequeñez humana, el maravilloso secreto de la creacion, formular en una palabra la ciencia para poseer el globo de que Dios ha hecho reina y señora á la Humanidad. Y si todavia la posesion no es completa, consiste en que la ciencia está encerrada en un horizonte que va siendo mas extenso cada dia; pero que tiene límites muy estrechos, si se compara con la grandeza del Universo.

Si, lo que no es posible, porque se opone á las leyes de la Sabiduría infinita, la ciencia con su maravillosa unidad, reflejo de la unidad divina, desapareciera para no reaparecer nunca en la memoria del hombre, no caducarian repentinamente las innumerables obras del trabajo de los siglos; pero bien pronto una rutina ciega, grosera, empírica y sin la idealidad precursora de los adelantamientos, borraria el recuerdo de los grandes triunfos de la razon

sobre la materia, y el linage humano volveria á gemir bajo la dominacion de una naturaleza salvaje sin la esperanza de poder sacudir su férreo yugo. Haced desaparecer la ciencia, y os encontrareis pronto en medio del Africa ó de la Australia, y vereis con la sonrisa en los labios y la estupidez en la frente que vuestros hermanos se matan sin misericordia y se devoran despues de muertos, que la muger degradada é impúdica es esclava y no compañera del hombre, que las fieras rugen á la puerta de vuestra choza, que los reptiles se revuelven debajo de las húmedas yerbas que os sirven de lecho, y que una voluntad inicua, irracional y de hierro oprime el corazon para que no lata, corta las alas de la inteligencia para que no vuele, y pretende cegar con desdeñoso orgullo las fuentes de la verdad y de la justicia.

Si el arte obrando sobre la naturaleza es tan beneficioso para el hombre, no lo es menos cuando guiado por la razon, la imaginacion y la sensibilidad utiliza los productos que antes hizo brotar del seno de la tierra, y les da las condiciones convenientes para satisfacer las necesidades del cuerpo y hasta las del espíritu. La industria fabril hace perder á las plantas mas nutritivas su sabor ingrato y su áspera dureza trasformándolas en gratisimo y saludable alimento; convierte los vegetales y animales en ostentoso y rico traje para unos, bello y elegante para otros, modesto para los mas y medio de abrigo para todos; da vida á esa complicada maquinaria que en sus fáciles, rápidos y poderosos movimientos parece un gigante fantástico para quien el tiempo y el espacio se achican; levanta la choza del pobre, la casa del pudiente, el palacio del magnate y el templo en que ofrecemos á Dios la espresion de nuestro amor y respeto. En tanto el comercio no se contenta ya con el cambio de pieles y ganados, como en los primeros tiempos, ni con el de los artículos de una pequeña comarca, como en los feudales; surca mares antes desconocidos, penetra en el interior de los desiertos, lleva el estímulo del trabajo, la animacion y la vida á la mayor parte del globo, y cuando para el Geógrafo no haya ninguna region desconocida, establecerá mercados en todas partes, haciendo desaparecer las antipatías de raza y contribuyendo á que el género humano reconozca la solidaridad de su existencia y confiese la unidad de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello. Las antiguas distancias van desapareciendo: el vapor conducido por la mano del hombre desafia el furor de los vientos y atraviesa con rápido paso las aguas del Océano, ó arrastrando como ligera pluma en las vias férreas centenares de viajeros y cantidades enormes de mercaderías, pasa por delante de la vista como una sombra incierta, deja tras sí en breves momentos las montañas, los valles, los rios y los pueblos, y en pocos dias daria la vuelta al mundo, si los mares no detuviesen su triunfal carrera. El comercio, uno de los vínculos mas fuertes que unen á los individuos, las provincias, las naciones y los continentes, y que al

paso que establece la comunicacion entre los hombres, con ella vive, se agranda y prospera, no necesita ya como en otros tiempos de mensajeros torpes, perezosos, imprudentes ó infieles; ha evocado con la voz de la razon el auxilio de un agente rápido como el pensamiento, y las ciudades mas distantes de Europa pueden vivir en una conversacion continua.

Mas ¿qué seria de esos admirables productos de la industria moderna, obtenidos en tan poco tiempo y á tan bajo precio, y de esas máquinas poderosas, que sugetando como á humildes esclavos al viento, al agua, al vapor, á la luz, á la electricidad y á la naturaleza entera, les hacen realizar las concepciones de la imaginacion mas fecunda, si las ciencias exactas, físicas y naturales enmudecieran, y su copiosa Historia se convirtiese en un libro en blanco? ¿Y qué seria tambien de la mayoría del género humano, si esas prodigiosas fuerzas no obedeciesen á la voz del trabajador, y permanecieran inertes ante los esfuerzos hechos para obligarlas á cumplir el destino señalado por la mano de Dios y revelado á los hombres por medio de la razon? Negar la legitimidad de la ciencia es renunciar á sus aplicaciones, renunciar á sus aplicaciones es esterilizar la naturaleza y el arte, y esterilizar la naturaleza y el arte es matar el cuerpo con la miseria y al alma con la degradacion y el embrutecimiento. Cuando la ciencia calla y la rutina impera; la idea se borra, el sentimiento se debilita, la actividad se afloja y los descubrimientos se pierden: demostracion elocuente de esta verdad es el estado de los pueblos orientales en donde buscaríamos en vano gran parte de las invenciones y productos que poseyeron en la época de su grandeza. El desierto silencioso va paso á paso arrojando su abrasada arena sobre los campos, los prados y los monumentos en Persia y en Arabia, mientras la civilizacion francesa inspirada por la ciencia, haciendo brotar en las estremidades de la Argelia abundantes surtidores de agua bienhechora, lleva la vegetacion y la vida á terrenos siempre incultos, y convierte los arenales en bosques y berjeles.

Pero el hombre no es solo un poco de materia: Dios le ha hecho á su imágen, ha impreso el sello de la inteligencia sobre su frente, y ha puesto el sentimiento del bien en su corazon. ¿Por ventura la ciencia que ha trasformado la naturaleza, y que en su desconocido porvenir esconde los gérmenes de nuevas trasformaciones y maravillas, tiene tambien poder sobre el espíritu? ¿O le tiene quizá únicamente para precipitarle encadenado por el orgullo en los abismos de la degradacion y del mal? No: la ciencia multiplica sus fuerzas y le remonta hácia la region de lo infinito, pero sin inspirarle el insensato deseo de llegar á una unificacion imposible, sino de penetrarse de la luz que cada dia extiende más y más los límites de las regiones finitas. La ciencia que confunde lo finito con lo infinito, y pretende como el ángel rebelde escalar el trono del Eterno, es solo

la Lógica del error. Podrá haber una relacion necesaria entre las tésis de un sistema y los supuestos que le sirven de cimiento y punto de partida; habrá sin embargo error en el sistema entero, si una pasion ciega ó una imaginacion estraviada le fundan sobre premisas que la razon no acepta ó la esperiencia condena. La ciencia es toda verdad, verdad en sus principios y verdad en la serie indefinida de sus consecuencias; porque la Lógica, si el espíritu humano parte de la verdad, á la verdad le conduce, y si del error, en el error le sumerje, tan forzosamente como todos los puntos de una circunferencia equidistan del centro. El hombre no crea la verdad: la busca, y á veces no la encuentra, ó la ve oscura ó incompleta ó velada por el error; pero si el individuo frecuentemente se engaña, cuando pretende ver mas allá de donde alcanza la vista de los demas hombres, tambien tiene sus momentos lúcidos de vigorosa fuerza intuitiva y reflexiva, y contribuyendo cada uno á la grande obra comun, la Humanidad que tiene una vida solidaria, acumula tras largas horas de afan y lamentables caidas ese rico tesoro de verdades que componen su ciencia, incompleta porque es finita, pero cada vez mas extensa y beneficiosa para la naturaleza y el espíritu. Si la ciencia no es mas que la verdad fecundada y desenvuelta por la razon que pone de manifiesto las consecuencias que entraña, y que sin perjuicio de su unidad la multiplica en número indefinido de formas y aplicaciones, ¿podrá ser el fruto amargo de la soberbia, y no dejará mas que la duda en la inteligencia y el desamor en el corazon? ¿Sera un signo de la degradacion humana el conocimiento de la verdad? ¡Error y blasfemia! ¡Degradado el hombre, cuando toma por modelo á Dios, tipo eterno é infinito del bien, que todo lo sabe, porque no hay para él ninguna verdad que no esté siempre presente! Solo si la verdad no existiese ó la razon no sirviera para conocerla, podria negarse la legitimidad de la ciencia; pero si se niega la verdad, se niega á Dios, verdad necesaria y orígen de las verdades contingentes, y si la razon no es un medio de conocerla, el hombre reducido á la condicion del bruto no podrá salir de la estrechísima esfera de los sentidos. De esa manera los desgraciados, cuya vista no puede sufrir el vivo resplandor de la Filosofía, deprimiendo la razon, se precipitan en las tinieblas de un materialismo grosero y estúpido, y si la Lógica tiene poder sobre su entendimiento, concluirán por negar á Dios y negarse á si mismos.

¿Qué seria el espíritu humano sin el auxilio de la ciencia? Lo que el brazo sin movimiento y la vista sin luz. Es ley de la creacion que las facultades del hombre con la accion se fortalezcan, se desenvuelvan y vivan, y sin la accion se enerven, se reconcentren y mueran: esta ley igual para el cuerpo y para el espíritu es la gran ley del trabajo, á que la Humanidad vivirá siempre sujeta, porque es una condicion esencial de su naturaleza. La ciencia, verdadera gimnástica del espíritu, aumenta la potencia de sus facultades, asi como la gim-

nástica del cuerpo aumenta la fuerza, la destreza y la agilidad de sus órganos. No se crea que la ciencia es esclusivo patrimonio del sabio: la ciencia es una necesidad del espíritu y Dios ha dotado á todos los seres humanos de los medios indispensables para vivir y ser mejores. El hombre lleva en su razon el gérmen de la ciencia: al poner sus facultades en ejercicio la concibe y formula sin estension y sin sistema; mas esa ciencia pobre y sin pretensiones le servirá para ejercitar y aumentar las fuerzas de su entendimiento, y con ella adquirirá el derecho de llamarse soberano y señor de los reinos de la naturaleza. Si la ciencia rudimentaria del salvaje, que tiene por confines las montañas del estrecho horizonte de su vida, es tan útil para él, que por ella es hombre y no bruto, ¿qué deberemos pensar de la ciencia de la Humanidad, producto del trabajo de tantos siglos y de todas las naciones de la tierra? ¿Qué será para el desarrollo del espíritu ese caudal inmenso de verdades acumulado por la razon de Moisés, Salomon, Zoroastro, Confucio, Pitágoras, Sócrates, Platon, Aristóteles, Ciceron, los Santos Padres, Bacon, Descartes, Newton, Leibnitz, Bossuet, Kant y todos los ástros grandes y pequeños que han brillado en el mundo de la inteligencia? ¿Quién al oir esos nombres, títulos de gloria para la razon humana, no siente animarse dentro de su espíritu el espíritu de nuestros mayores, y no arde en deseos de poder seguirlos, alumbrado por los resplandores de su genio, en busca de nuevas verdades y de nueva ciencia? ¿Quién al destacarse esas gigantescas figuras del cuadro de la gran familia de los hombres no siente poseido su ánimo de profundísimo respeto, y se atreve á negar el influjo de la ciencia, denostar á la razon humana, y arrastrar por el cieno á esos sabios ilustres á quienes la Providencia ha permitido descorrer parte del velo que cubre los secretos del órden del Universo?

La ciencia ejerce un influjo incuestionable en el cultivo del entendimiento; mas ¿le ejerce tambien en la buena direccion de la voluntad, ó sirve solo para levantar recias tempestades en el corazon y despeñar al hombre en la sima de la irreligion y del vicio? ¿No podrá crecer robusto y lozano el arbol de la sabiduría, sino secando las raices de la virtud? ¿No podrá la Humanidad ser cada vez mejor y mas á la imágen de Dios en el órden intelectual, sin producir perturbaciones en el órden moral alejándose cada dia á mayor distancia de la bondad infinita? ¿Es posible esa contradiccion entre lo bueno y lo verdadero? No: el sabio criador del mundo no ha podido hacer á la criatura humana contradictoria en su esencia y en sus fines: no ha podido darla una inteligencia capaz de conocer el bien moral, para que cuanto mejor le conozca, menos pueda amarle y practicarle. Esta antítesis absurda, que contrapone la virtud al conocimiento de la verdad, nos conduciria tambien al ateismo; porque Dios no puede menos de ser infinitamente sabio é infinitamente bueno.

Nos conduciria igualmente á la negacion de las leyes que rigen

la naturaleza moral, y erigiendo el interes en criterio para apreciar las acciones humanas, incurriamos en los errores del Epicureismo. Hay una justicia absoluta, universal é inmutable, cuya luz purísima no se ha enturbiado nunca en el curso de los siglos, y que lo mismo alumbra la choza del africano que el palacio del europeo. Dios ha sometido el espíritu humano á leyes conformes á su naturaleza, del mismo modo que ha sometido la materia, violables para los seres inteligentes y libres, forzosas para los que carecen de inteligencia y de libertad. ¿Y qué medio hay para conocer la voluntad de Dios, oir su voz y ver el dedo que señala el camino de la vida, cuando los hombres carecen de los beneficios de una revelacion directa? Despojadlos de la razon, disminuid el poder de esta admirable fuerza ó convertidla en instrumento de perturbacion y de desórden, y el Derecho natural será inesplicable, el ser humano no obedecerá mas que las leyes de la materia, y en medio de la regularidad del mundo físico el espíritu sin ley ni freno, sin un fin que cumplir ó sin medios de realizarle navegará sin brújula en el mar revuelto de la duda y del caos. Mas si la razon en todos los tiempos y en todos los pueblos descubre las primeras verdades del Derecho escritas con caracteres indelebles en la conciencia humana; la Filosofía jurídica fué una sombra apenas dibujada para el salvaje, tomó forma aunque insegura para el bárbaro, se convirtió en severa y rígida matrona en el Oriente, depuso su ceño y se embelleció en Grecia, se agrandó y se hizo sabia en Roma, y bajo el benéfico influjo del Cristianismo en las naciones modernas ha conseguido armonizar la caridad con la justicia. Los que niegan la legitimidad de la ciencia, ¿se atreverian á formular el deseo de que desaparecieran los monumentos que nos han legado los jurisconsultos romanos, las Partidas que son la espresion española mas genuina de su doctrina y las obras inmortales de los Cujas, de los Doneau, de los Lopez y de los Covarrubias? No: el buen sentido se sobrepondria en ellos al espíritu de sistema, é hincarian su rodilla en señal de respeto ante las sombras de sabios tan eminentes.

Una verdad no puede estar en contradiccion con otra, porque todas se armonizan en una admirable síntesis. No puede haber por consiguiente antagonismo entre la ciencia y la religion de nuestros padres: verdad es la ciencia y verdad el Catolicismo: la ciencia tiene que ser católica y el catolicismo es científico: la Teologia católica es ciencia y, como ha dicho un elocuente escritor, la ciencia de las ciencias. La religion cristiana se propagó por medios sobrenaturales en los primeros siglos; pero lejos de desdeñar el auxilio de la sabiduría para su propagacion, así como Mahoma enviaba como precursor del Coran la espada, símbolo de la fuerza, el Cristianismo se valia de la palabra, signo y encarnacion del pensamiento.

La predicacion y la enseñanza fueron la ocupacion constante de los discípulos de Jesucristo, y aunque los Apóstoles fueron escogidos

entre ignorantes pescadores, «repleti sunt omnes spiritu sancto y cœperunt loqui variis linguis.» San Pablo, orador de primer órden, escritor brillante y sabio tan modesto como vehemente, levantó algunas veces su voz contra la ciencia; pero era la ciencia vana, fútil y conceptuosa del Areópago, no la ciencia de la verdad siempre divina. Cuando el Paganismo no contento con quebrantar los huesos de los mártires y ver con fruicion espantosa sus desgarradas carnes entre los dientes de las fieras del Circo, encomendó á sus filósofos que combatiesen la nueva doctrina con las armas de la Dialéctica y del sarcasmo; los apologistas cristianos demostraron que la razon y la fé se fortalecen mutuamente, y que nuestra Religion, lejos de amar las tinieblas para su triunfo, brilla con mas intensidad en medio de los resplandores de la inteligencia. Cuando la literatura eclesiástica llegó al mas alto grado de esplendor, fué en aquella época en que los Santos Padres, verdaderos gigantes en ingenio y doctrina, supieron hermanar con una humildad sincera, una caridad ardiente y una actividad infatigable el talento, la elocuencia y la sabiduría.

Era tal el temor que la ciencia de los cristianos inspiraba al caduco gentilismo, que Juliano el apóstata les prohibió la asistencia á las escuelas, y creyó que apagando la luz del espíritu dejaria de alumbrar la antorcha de la Religion.

Cuando los bárbaros se lanzaron sobre el Imperio de Occidente, los hombres temblaron mudos de asombro y de espanto, el fuego devoró las mieses, las aldeas y las ciudades, se hundieron con estruendo las casas, los palacios y los templos, y un mar de sangre amenazó tragar las amedrentadas comarcas. La ciencia iba desapareciendo con los libros que se quemaban, con los monumentos que se derruian y con los sabios muertos bajo el hacha de los conquistadores. En vano intentó que escuchasen su voz aquellas hordas implacables: si el Catolicismo no la hubiera puesto bajo la proteccion de sus monasterios, no habria quedado ni un solo resto del saber antiguo. Cuando las densas tinieblas de la edad media empezaron á desvanecerse, la ciencia salió, aunque con tímido paso, del asilo en que habia vivido por tantos años, y alzó su cátedra en las Universidades, fundadas unas, privilegiadas otras y protegidas casi todas por los Pontífices. Entonces como en el siglo cuarto, los teólogos mas sabios fueron tambien los mas distinguidos filósofos.

En los tiempos modernos la ciencia mas estensa cada dia, mas independiente en su espíritu, mas necesitada de recursos materiales y mas en relacion con todas las esferas de la vida, con todas las industrias y con todas las profesiones, tenia necesariamente que secularizarse; pero la Iglesia, lejos de reputarla enemiga, erige establecimientos para enseñarla y propagarla, manda que el sacerdote la estudie, reserva los cargos importantes para los mas sabios, y pronta al combate en todos los campos en que el error presenta la batalla, cultiva los diferentes ramos del saber humano, y fuerte por

el convencimiento de la verdad de su doctrina, lleva la cruz á todas las regiones de la tierra.

Imitadla vosotros, queridos alumnos de esta Escuela, amad el estudio, pero no con la frialdad que conduce á la indiferencia, sino con la pasion que excita el entusiasmo. Amando la ciencia, amareis tambien la virtud, porque lo bueno en el órden moral es tambien lo verdadero en el órden científico, y ademas correspondereis dignamente al celo con que el Gobierno de S. M. procura promover vuestros adelantos y las mejoras de nuestra Escuela. Fijad vuestra vista en los ilustres nombres escritos con las bóvedas de este salon, y que su brillo que tanto se refleja en la Historia de las Letras españolas, sea el faro que os ilumine en la espinosa carrera de la vida. La admiracion que produzcan en vuestro ánimo el profundo talento y la vastísima ciencia del Tostado, de Victoria, los Sotos, Cano, Covarruvias, Gregorio Lopez, Antonio Agustin, Fr. Luis de Leon, el Brocense, Nebrija, Fernan Perez de Oliva, Calderon de la Barca y toda la serie de sabios que fueron la honra de su patria y la gloria de esta Escuela, no serán para vosotros un motivo de temor y de desaliento, sino un estímulo poderoso que haciendo palpitar vuestro corazon al impulso de la esperanza, fecunde vuestro ingenio y multiplique vuestra actividad, para que algun dia puedan ser vuestros nombres continuacion de los que escuchamos con tanto respeto. La ciencia que ha trasformado la naturaleza, que ha convertido en humilde escolta del hombre las aguas, los vientos y los rayos, que ha dado mas vigor á las fuerzas del espíritu, que proclama la unidad de lo verdadero y de lo bueno, que sustituye al reinado de la fuerza el de la justicia, y que fortalece la fé, alienta la esperanza y estiende la caridad, ha sido la ciencia de nuestros mayores. Sea tambien la vuestra, queridos jóvenes, y la posteridad agradecida conservará en el imperecedero mármol de la Historia el recuerdo de vuestros servicios.

HE DICHO.

Salamanca 1.° de Octubre de 1861.

